

El PRT-ERP y OCPO, trazos de un análisis comparativo de la izquierda revolucionaria argentina

RESUMEN

En el presente trabajo analizaremos de manera comparativa las posiciones en torno a la situación social, económica y política de la Argentina que caracterizaron al Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y a la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO o Poder Obrero), dos de las tendencias de izquierda más convocantes entre la militancia revolucionaria de los años setenta. A estos fines, nos valdremos de la producción documental elaborada por estos grupos; de las entrevistas y trabajos periodísticos, científicos o biográficos realizados por sus integrantes; y de los estudios de aquellos investigadores que han abordado las experiencias de ambas organizaciones.

PALABRAS CLAVE: Contexto político-económico, lucha armada, democracia

ABSTRACT

In this paper we analyze in a comparative way the prospects regarding the social, economic and politic situation of Argentine that characterized the Revolutionary Workers Party-Revolutionary People's Army (PRT-ERP) and Workers Power Communist Organization (OCPO or Workers Power), two of the most important trends of the Argentinian revolutionary organizations of the seventies. In order to do that, we will use documents developed by both organizations; interviews and scientific or biographical works made by its members; and studies of researchers who have addressed the experiences of these groups.

KEYWORDS: Political and Economic Context, Armed Struggle, Democracy

Fecha de recepción: 9 de marzo de 2016

Fecha de aceptación: 20 de junio de 2016

El PRT-ERP y OCPO, trazos de un análisis comparativo de la izquierda revolucionaria argentina

Gabriel Mariano Montali *

Marco Iazzeta **

“Y si me matan por decir que hoy / en la mesa falta el pan,
será el cañón y no el rosal / el que repita la canción.”

(*Canción por el fusil y la flor* (1970)
Bernardo Palombo - Damián Sánchez)

Introducción

“¡Tosco presidente, del pueblo combatiente!” coreaban los militantes de izquierda, obreros y dirigentes políticos que asistían a principios de la década de 1970 a los congresos del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS), una federación de tendencias en la que confluyeron peronistas, cristianos revolucionarios, marxistas, socialistas y líderes sindicales de diversa índole. En Tucumán, Chaco, Córdoba y Rosario, miles de personas participaron de las reuniones en las que ese espacio intentó impulsar, finalmente sin éxito, la candidatura presidencial de este gremialista cordobés, al cual se lo puede recordar imponente en su austeridad, arengando a la multitud desde un escenario o declarando, como lo hizo desde la cárcel de Villa Devoto, que su único delito había sido “no haber cambiado el honor del mameluco por el cómodo sillón” (Tosco, 1971). Del mismo modo, podemos mencionar a Mario Roberto Santucho, otro de los dirigentes de izquierda paradigmáticos del período, para quien “los verdaderos imitadores, seguidores de Cristo, hoy en día [son] los revolucionarios, los que [entregan] la vida por una sociedad justa, sin explotadores ni explotados, sin fetiches. Los que [desenmascaran] diariamente la falsedad y la injusticia, los que [están] preparando una sociedad nueva” (carta de Mario Santucho en: Seoane, 2011:81).

Estos enunciados y posicionamientos, tal vez incomprensibles para nuestro tiempo, fueron expresados en el marco de un clima de época particular en el cual el triunfo de la revolución socialista parecía inminente para muchos y en el que la violencia era considerada como una herramienta legítima más para intervenir en política. Al respecto, si bien este medio fue una constante en la cultura política argentina,¹ los 70's se caracterizaron por la reducción radical de los términos de la política a los de la guerra (Ollier, 1986) y fue utilizada tanto en un sentido “vertical” por parte del Estado y las autodenominadas “agencias de seguridad pública”, como en un sentido “horizontal”, por los grupos guerrilleros, las bandas creadas por sectores sindicales y empresariales.

No obstante, esta violencia no surgió por generación espontánea. Más bien, una serie de *causas objetivas o estructurales* gestaron sus condiciones de posibilidad: a nivel social, en

* Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados.

** Universidad Nacional de Rosario.

¹ Como señala Pozzi (2006), la historia de este país está plagada de hechos de violencia política: además de las masacres indígenas, de gauchos y de obreros, las elecciones fueron siempre peleadas a tiros por lo menos hasta el año 1946; los partidos políticos tenían un aparato armado de autodefensa, etc.

primer lugar, se puede observar un proceso de modernización cultural que tuvo como actor central a las clases medias urbanas y que abarcó numerosos aspectos de la vida cotidiana que incluían desde nuevos hábitos de consumo especialmente orientados al sector juvenil, así como el cuestionamiento de la moral sexual y familiar tradicional, el nuevo rol de la mujer y la divulgación del psicoanálisis, hasta aquellas dimensiones asociadas a las vanguardias y la experimentación artística (Svampa, 2007). Sin lugar a dudas, este proceso constituyó uno de los factores que llevaron a los jóvenes a apoyar un cuestionamiento total de la civilización occidental y cristiana en lo que respecta tanto a la vida privada como a la vida pública (Ollier, 1998; Ferrer, 2013). A nivel político, por otro lado, podemos destacar la proscripción del peronismo a partir del año 1955, la intervención de las FF.AA. como árbitro que establecía las reglas del juego político; el Golpe de Estado de 1966 y el congelamiento que impuso sobre toda actividad política, la censura y la represión en la Universidad, la clausura de los múltiples mecanismos institucionales y extra-institucionales a través de los cuales se podía manifestar la oposición.

No obstante, las causas estructurales por sí solas no suscitaban violencia. De allí la necesidad de aprehender también las llamadas *condiciones subjetivas*: conciencia, voluntad, miedo, evaluación de la situación histórica concreta por parte de los sujetos involucrados (Ansaldi y Alberto, 2014). En este sentido, la convicción de que una transformación radical, en todos los órdenes, era inminente, el convencimiento de que se podía construir un “hombre nuevo” y una “sociedad radicalmente igualitaria” y la creencia en un pronto triunfo de la revolución socialista, fundamentalmente con posterioridad a la victoria de la Revolución Cubana (Gilman, 2012), habrían también contribuido a la adopción de la violencia como estrategia para intervenir en política. Del mismo modo, las grandes movilizaciones populares –entre ellas el *Cordobazo* y el *Rosariazo*– acarrearán como consecuencia fundamental la percepción de que la violencia era un medio eficiente para el logro de metas en la arena política, pues se había derrotado a la policía, forzando una ardua intervención del Ejército, provocando la renuncia del equipo económico de Krieger Vasena, y notoriamente, socavando la cohesión interna del gobierno y de sus principales aliados (O’Donnell, 1982).

En el presente trabajo pondremos el foco en dos actores que, durante el período mencionado, desarrollaron una intensa actividad política, valiéndose de la violencia como un instrumento para conquistar el poder del Estado: el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) y la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO). Al respecto, analizaremos algunas de las *condiciones subjetivas* que las motivaron a emprender el camino de la lucha armada, y para ello, nos centraremos, fundamentalmente, en la evaluación que realizaron de la situación social, económica y política del país durante esos años. Por último, debemos destacar la realización de un exhaustivo análisis documental de los órganos de prensa del PRT-ERP (*El Combatiente* y *Estrella Roja*), Resoluciones de Congresos, Comités Centrales y Ejecutivos, entre otros documentos de la OCPO e información proveniente de entrevistas hechas a ex militantes de las organizaciones.²

Breve caracterización de las organizaciones

² La totalidad de los números de *El Combatiente*, *Estrella Roja* que utilizamos pertenecen al DVD que acompaña al libro de De Santis (2011). Los documentos analizados de la OCPO se encuentran disponibles en el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CEDINCI).

El PRT fue creado el 25 de mayo de 1965 a partir de la fusión del Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP), cuyo líder era Mario Roberto Santucho y Palabra Obrera (PO), agrupación trotskista liderada por Nahuel Moreno, quien sería su primer Secretario General. A lo largo de su historia, la organización fue experimentando numerosas escisiones, siendo la más relevante la producida en el año 1968, días antes del IV Congreso. En las vísperas del mismo, Moreno, quien se encontraba en minoría, abandonó el grupo y constituyó el PRT-*La verdad*, mientras que la tendencia presidida por Santucho pasó a denominarse PRT-*El combatiente*. Sería esta última, en efecto, la que en 1970 originaría un verdadero punto de inflexión al fundar el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Desde este momento, con la incorporación de la lucha armada como estrategia para conquistar el poder del Estado, esta corriente experimentaría un desarrollo vertiginoso a partir del despliegue de acciones armadas con las cuales, además de abastecer y financiar sus filas, buscaba ganarse el favor de las masas. Así y todo, su historia no puede –ni debe– reducirse a esa única dimensión, ya que, más allá del aspecto militar, el PRT-ERP integró e impulsó diversos frentes de masas, como el Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS); el Movimiento Sindical de Base (MSB), compuesto por agrupaciones sindicales y comisiones internas de fábricas; el Frente Antiimperialista de Trabajadores de la Cultura (FATRAC), que nucleó a artistas e intelectuales entre 1968 y 1971; y la Juventud Guevarista (JG), constituida en el año 1975 como agrupación de superficie para los jóvenes. No obstante, y siguiendo las reflexiones de Pozzi (2006b) y Carnovale (2011), el grupo incrementó con el tiempo el caudal y la envergadura de sus operaciones armadas, a partir de la realización de asaltos a comandos y otros destacamentos militares, que junto a factores como las debilidades en la formación de sus cuadros, la sucesión de un conjunto de errores y fracasos políticos y el incremento de la represión estatal, determinaron que la agrupación fuera desarticulada poco después del golpe militar de 1976.

Poder Obrero, por su parte, surgió del proceso de unificación que transitaron, desde 1974 hasta mediados de 1975, un conjunto de agrupaciones de Córdoba, Santa Fe, Buenos Aires, Mendoza, Tucumán y San Juan, entre las cuales se destacó el grupo cordobés El Obrero, en el cual militaban algunos de sus futuros cuadros dirigentes,³ junto a una serie de desprendimientos de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL). En el transcurso de esa fase de crecimiento, fue definiendo su orientación político-ideológica como *socialista revolucionaria*, planteando su praxis en términos de *tercera vertiente* de un espectro que completaban Montoneros, desde el peronismo de izquierda, y el PRT-ERP, desde el marxismo. Su historia, empero, abarca menos de un lustro; lo cual no le impidió participar de las experiencias más importantes del movimiento obrero de los años setenta, tales como el *Cordobazo* (1969), el *Viborazo* (1971) y las luchas obreras de Villa Constitución (1974 y 1975). A través de ellas, este grupo elaboraría una estrategia particular que, a criterio de Federico Cormik (2015) y Ana Mohaded (2009), consistió en general en tres puntos: a) la consideración de que debía ser la clase obrera, y no una vanguardia armada, la protagonista del proceso revolucionario; b) el rechazo de los postulados que afirmaban la necesidad de construir una dirección revolucionaria basada en un partido único; y c) la idea de que la lucha armada tenía que subordinarse a otras formas de lucha política. El corolario de estas tres premisas, fue la configuración de un imaginario caracterizado por lo que Cormik (2015: 123) definió como *lógica de la confluencia*, puesto que Poder Obrero, a los fines de hacer posible el triunfo de un proyecto de cambio social en nuestro país, estimaba necesario conformar un

³ Entre varios nombres, cabe destacar los de Juan Iturburu, Dardo Castro y Carlos Fessia, quien fue el máximo referente de OCPO hasta que los militares lo asesinaron en 1976. A propósito, una detallada descripción de la biografía y la posición ideológica del grupo puede encontrarse en Mohaded (2009) y Castro e Iturburu (2004).

Frente Único (OCPO, 1975a) que agrupara a las distintas tendencias de izquierda, la clase obrera y el resto de actores sociales enfrentados al orden dominante.

Sin embargo, pese a tal imaginario que Mohaded (2009: 169 y 170) describió como una impronta *antisectarista*, *antidogmática* y *antiverticalista*, la organización acabó replicando el militarismo que cuestionaba a otras corrientes de izquierda, sobre todo tras la fundación de su propia fuerza militar, las *Brigadas Rojas*, cuyo nombre evocaba a las milicias de las insurrecciones europeas contemporáneas a la Revolución Rusa (1917). Al punto que la última reunión del Comité Central de OCPO, llevada a cabo a finales de 1975, según recuerdan Castro e Iturburu (2004), culminó en una paridad de fuerzas entre propuestas militaristas y otras, ligadas a las bases teóricas fundacionales del grupo, que apostaban a reforzar las tareas de masas de la organización. No obstante, la coyuntura que atravesaba el país no dejaría margen para avanzar demasiado en ninguna de las dos direcciones. Pocos meses más tarde, sus cuadros fueron rápidamente diezmados y aniquilados por la dictadura militar.

El PRT-ERP y OCPO fueron las únicas organizaciones armadas de izquierda de la Argentina que durante los años setenta proclamaron la necesidad de separar la organización política de la militar, concibiendo a ésta supeditada a la primera.⁴ Asimismo, no concibieron a la acción militar como *la única* vía hacia el triunfo de un proceso revolucionario, sino que las armas eran una herramienta dentro de una estrategia que contemplaba múltiples formas de lucha, entre las que se debían elegir las más adecuadas de acuerdo a la coyuntura del país, la situación del propio grupo y de los sectores populares en ese contexto. A pesar de esto, en el terreno de la praxis, observamos que ambas tomaron decisiones que contradijeron estos postulados, al sobredimensionar lo militar en el trascurso de la lucha de clases. Tal vez esta situación se vio potenciada por la combinación de diversos factores, como, por ejemplo, la inexperiencia política de sus jóvenes militantes; su minoritaria e insuficiente inserción en la clase obrera; sus dificultades para conformar una alternativa electoral que pudiera competir en la escena política legal; la adhesión a una teoría de la lucha armada que exigía saltos periódicos hacia niveles bélicos más altos (Gillespie, 2011); la “violencia vertical” que los sectores dominantes desplegaron a partir del Golpe de Estado de 1976; y la dinámica de la confrontación con las Fuerzas de Seguridad, que derivó en una “escalada hacia los extremos”. Por último, la “impaciencia permanente” que Pozzi (2006b:271) considera como característica del PRT, y que creemos que puede extenderse al caso de Poder Obrero, también sería un elemento que en el plano militar, las habría conducido a acelerar los tiempos más allá de las coyunturas y desarrollos políticos.

A pesar de estas similitudes mencionadas, también encontramos una serie de divergencias fundamentales entre las dos organizaciones. En primer lugar, a diferencia del PRT-ERP, que tuvo a Mario Roberto Santucho –líder máximo y “mito viviente” de la organización– como su Secretario General desde 1970 y como Comandante en Jefe del ERP desde el año 1975 hasta su muerte en julio de 1976, la OCPO no se caracterizó por ser personalista, pues, más allá del peso de ciertos militantes, no existieron en ella relaciones marcadas por el protagonismo de la figura de un líder, favoreciendo una organización horizontal. Según los testimonios recolectados por Mohaded (2009) y nuestro análisis documental, los integrantes de la OCPO rechazaban las formas de organización verticalistas y autoritarias, ya que simpatizaban con el estilo *asambleario* que adoptaron algunos sectores de los movimientos estudiantiles y sindicales –sobre todo el caso emblemático del *clasismo*– a lo

⁴ Montoneros, en teoría, a partir del año 1976, también diferenció su partido de cuadros, el Partido Montonero (PM), de su brazo armado, el Ejército Montonero (EM). Ver: Gillespie (2011:366).

largo de las luchas populares entre 1960 y 1970. En definitiva, la OCPO se caracterizó por poseer estructuras más laxas y horizontales que el PRT-ERP, la cual era una organización de tipo leninista sumamente estructurada y verticalista, como se desprende, por ejemplo, de la lectura de los Estatutos del V Congreso (1970) y de su posterior reforma del año 1975.⁵ Por otro lado, la OCPO no poseía marcos regulatorios de la vida de sus militantes, tal como lo tenía el PRT-ERP con sus Estatutos y Resoluciones que detallaban las tareas que debían cumplir sus cuadros y aspirantes, sin desconocer el rol disciplinador y homogenizador que tuvo, a la hora de definir el modelo ideal de guerrillero que buscaba construir la organización, tal como se evidenció en el artículo de Luis Ortolani *Moral y Proletarización* (1972). Finalmente, según los testimonios que obtuvimos de tres integrantes del grupo: Mario Burgos (2016), Coy Bischoff (2015) y Eduardo Carbel (2013), Poder Obrero no implementó la distinción de jerarquías militares al estilo formal de un ejército, más allá de las cuestiones organizativas que definían las funciones de cada militante en una acción armada concreta, quizás debido a su breve existencia. En cambio, la organización de Santucho, en 1974 confeccionó un reglamento para el ERP, detallando diferentes aspectos de su faceta militar y aprobando la distribución de grados entre sus combatientes.⁶

La evaluación de la situación socioeconómica argentina

El PRT-ERP y la OCPO compartían la visión de un país que se encontraba al borde del abismo. Observaban una situación económica explosiva, con pobreza extendida y elevados índices de subdesarrollo. Como señala Waldmann (1982), a través de sus órganos de prensa, las organizaciones armadas de izquierda del período destacaban periódicamente la explotación y la injusticia social reinantes en Argentina, principalmente atendían a la situación de los obreros de las grandes fábricas, las condiciones de vida de los habitantes de las “villas miserias” y de los campesinos, especialmente de Tucumán y de Santiago del Estero. Asimismo, hacían hincapié en la desocupación, la escasez de viviendas, la desigualdad de posibilidades para recibir educación o para ganarse la vida, etc.

No obstante, a pesar de coincidir en estos aspectos mencionados, observamos que el PRT-ERP, a diferencia de la OCPO, representaba a la Argentina, simultáneamente, como “dependiente” y como “semicolonia del imperialismo yanqui”.⁷ En este sentido, habrían incurrido en una contradicción, pues si nos apegamos estrictamente al pensamiento leninista, los países podrían ser clasificados en potencias imperialistas, semicolonias o dependientes, e incluso en su libro *El imperialismo, etapa superior del capitalismo* (2004:82 [1916]), Lenin explícitamente afirmaba que Argentina era un ejemplo de este tercer grupo: autónoma desde un punto de vista político pero envuelta, en realidad, en las redes de la dependencia financiera y diplomática de Inglaterra. La concepción de “semicolonia” pertenecía, en realidad, a Milcíades Peña (1974), quien consideraba que el país estaba subordinado al capital financiero internacional y a los organismos políticos y militares a través de los cuales EE.UU ejercía su dominación. En suma, podemos afirmar que este uso ambiguo de las categorías es una muestra de la vocación sincrética de la organización de Santucho. Su ejemplo más paradigmático, sin lugar a dudas, fue el documento *El único camino hasta el poder obrero y*

⁵ El Estatuto del PRT puede ser consultado en De Santis, 2010:338, y su reforma se encuentra publicada en *El Combatiente*, N°175, 30 de julio de 1975, p. 5.

⁶ El Comité Central de Septiembre de 1974 denominado “Antonio del Carmen Fernández” aprobó los reglamentos del ERP y los grados militares. Al respecto ver: De Santis (2011:518).

⁷ “El único camino hasta el poder obrero y el socialismo” en: De Santis (2010:144). Inclusive, podemos encontrar esta afirmación en el documento del FRIP titulado *El proletariado rural detonante de la Revolución Argentina*, en De Santis (2010:84).

el socialismo, en el cual se revalorizaban distintas corrientes marxistas de la época (leninismo, trotskismo, maoísmo y guevarismo), omitiendo aquellas ideas que no les permitían justificar la adopción de la lucha armada.⁸

Por su parte, la OCPO (1975a: 1-3), entendía que el país no era una “semicolonia”, afirmaban que era independiente a nivel político, ya que no estaba sometido a los designios de una potencia o de un ejército invasor. No obstante, la “dependencia” radicaba en la alianza que sus integrantes atribuían a las burguesías locales y al imperialismo occidental, lo cual los llevaba a plantear que, al menos en estas latitudes, la contradicción fundamental era entre “imperialismo y proletariado”. Del mismo modo, esta percepción los alejaba de Montoneros, pues no compartían la creencia de que desde algún mecanismo del sistema burgués, por ejemplo un partido o movimiento, fuera posible concretar un proyecto de cambio radical de la sociedad.

Llegados a este punto, debemos interrogarnos con respecto a la verosimilitud del diagnóstico del PRT-ERP y de Poder Obrero: ¿Argentina se encontraba realmente inmersa de una crisis terminal en lo económico durante el período estudiado? ¿La pobreza era generalizada? ¿El nivel de subdesarrollo era tan alarmante como lo sugerían las publicaciones y los documentos de estas agrupaciones? Al respecto, autores como Aronskind (2011) y Lotersztain (2010) afirman que las organizaciones armadas de izquierda de la época construyeron una versión acomodaticia de la realidad argentina para legitimar sus proyectos políticos, pues la información histórica disponible sobre esos años demuestra que fueron extremadamente conflictivos en lo político, pero de claro progreso económico y social. Es más, cabe destacar que el período 1963-1974 constituyó una de las épocas más prósperas y equitativas de toda la historia argentina, pues el PBI aumentó ininterrumpidamente y alcanzó en los once años un notable incremento acumulado del 81%,⁹ e incluso desde un punto de vista comparativo el crecimiento argentino casi triplicaba al crecimiento promedio internacional en aquellos años. Asimismo, la participación de los asalariados en el PBI se mantuvo en un promedio del 46% hasta 1970, alcanzando un 48% en 1974 y el índice de desocupación se situó entre el 3 y el 4% de la población argentina (Lotersztain, 2010).

La sociedad argentina vivía procesos de transformación considerables, de la mano de la industrialización, de las mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores y el consumo de las capas medias, del incremento del salario real, de la presencia de un Estado que expandía sus actividades y sostenía una red de protección social creciente. Como señala Aronskind (2011), si bien se aprecia una mejora progresiva en los estándares de vida, fundamentalmente de los sectores urbanos, que representaban la amplia mayoría de la población, esto no implicaba que no hubiera pobreza e indigencia, a pesar de que sus niveles eran muy inferiores a los que conoció el país en los treinta años posteriores. En este sentido, el norte argentino y los “territorios de relegación” próximos a las grandes ciudades, eran manifestaciones de esta problemática acuciante. No obstante, para tener un panorama

⁸ Autores como Pozzi (2001), Carnovale (2011) o Eduardo Weisz señalan que en el PRT-ERP la apelación a los aspectos teóricos constituían un artilugio meramente discursivo, una referencia para justificar la política que se pretendía llevar a cabo. Por cierto, algo similar ocurrió en Poder Obrero, ya que algunas de las valoraciones que este grupo realizó del escenario político nacional, como por ejemplo, que los sectores populares estaban “rompiendo con el peronismo”, para virar hacia opciones de izquierda; redundaban en simplificaciones que también operaban para legitimar una estrategia definida (OCPO, 1975a: 2).

⁹ Lotersztain (2010), afirma que esta cifra es especialmente significativa ya que el país no venía, como había ocurrido más de una vez –y ocurriría en el futuro– de la emergencia de alguna crisis o depresión económica de inusitada gravedad y en consecuencia no se partía de un piso muy bajo como referencia de crecimiento.

económico amplio, también debemos tomar en consideración la inflación, pues entre los años 1960 y 1970 fue un problema mundial y durante el período 1963-1974 fue del 31% en la Argentina. Estos eran niveles altos si se los compara con las décadas previas, pero reducidos si se tiene en cuenta los continuos valores de más del 100% que se presentaron invariablemente durante el “Proceso de Reorganización Nacional” a partir de 1976, y los insólitos 3079% y 2314% de 1989 y 1990 (Aronskind, 2011). En síntesis, resulta evidente que los factores económicos por sí solos no pueden explicar el surgimiento de la guerrilla en la Argentina.

En el caso del PRT-ERP y de Poder Obrero, ambas organizaciones eludieron de manera deliberada estos datos económicos y sociales con el objeto de emparentar la situación argentina con la de Vietnam, Angola y China, que habían desarrollado de forma exitosa una experiencia revolucionaria o que se encontraban camino a dicho proceso. Sin embargo, como señala Aronskind (2011), estos países, a diferencia del nuestro, habían vivido situaciones históricas límites, con una opresión y una violencia extremas, y habían sufrido grandes descalabros políticos, sociales y económicos producto de la lucha militar generalizada y la ocupación extranjera. En suma, el análisis de una serie de datos duros que mencionaremos a continuación nos permitirá profundizar en esta cuestión:

País	PIB per cápita (1962) en dólares de 2000	Expectativa de vida al nacer (1962)	Tasa de natalidad, por cada 100 personas (1962)	Población urbana como % total (1962)
Argelia	1433	48	5,0	33
Argentina	5677	65	2,3	75
Cuba	2046	65	3,4	59
China	550	49	3,7	17
Vietnam	855	45	4,6	16

Fuente: Aronskind (2011)

Estos datos ponen en evidencia el nivel de desarrollo socioeconómico que tenía la Argentina en comparación con los países que habían emprendido un proceso revolucionario “exitoso”. La distancia en materia de riqueza disponible por habitante es evidente; el acceso a alimentación razonable, vivienda y otros bienes de consumo característicos de las sociedades modernas por parte de la mayoría de la población argentina marcaban también una fuerte diferencia con estos países señalados típicamente como “tercermundistas”. Asimismo, a diferencia de Argentina, dichos países tienen gran cantidad de población rural y alta tasa de natalidad, dos características típicas de las sociedades de tipo campesina, poco “desarrolladas”.

En definitiva, una vez que las organizaciones de izquierda resolvieron que para terminar con lo que consideraban una situación de explotación y de opresión semicolonial y/o de

dependencia de la Argentina, los cambios debían ser de fondo y a través de la lucha armada. Para ello, necesariamente tuvieron que dejar de lado estas cifras y construyeron una imagen de la sociedad argentina más cercana a la de aquellos países que habían impulsado una revolución “exitosa”, ya que su principal propósito, era legitimar la lucha armada como herramienta política de cambio social.

En este mismo sentido, un observador agudo como Rodolfo Walsh, instaba a la cúpula de Montoneros en 1976 a no realizar afirmaciones desmesuradas como, por ejemplo, que el país durante los setenta estaba asistiendo a una “crisis definitiva del capitalismo”, al considerar que las mismas provenían de una “falta de formación histórica”. Igualmente, rechazaba el uso de la “literatura china o vietnamita” porque confundía la lucha social en la Argentina con una guerra colonial, “en la que la organización en Movimiento, Frente, Partido y Ejército tiene sentido porque se presupone la unidad del pueblo detrás de su conducción y contra el invasor extranjero” (Walsh, 1976: 2).

La política *burguesa* y la concepción de la democracia

Lo dicho respecto a la caracterización del escenario nacional e internacional, no constituye el único aspecto del imaginario de estos grupos que incurría en posturas instrumentalistas, o al menos basadas en lecturas reduccionistas o esquemáticas de la realidad. Otro tanto ocurrió con la percepción que la OCPO y el PRT-ERP se formaron respecto a la *política burguesa*, a la que definieron como un *engaño* destinado a ocultar la verdadera naturaleza del Poder: la opresión (Hilb y Lutzky, 1984). En el caso de la organización liderada por Santucho, podemos destacar los siguientes ejemplos en los que abundan las expresiones que relacionan a la política con una forma de manipulación, una ilusión, una distracción, un ocultamiento, etc.:

Mediante [el parlamentarismo] la burguesía aumenta su dominio dando al pueblo la *ilusión* de participar en el poder por medio de elecciones y resolviendo las contradicciones interburguesas a través de los debates parlamentarios y la alternancia de sus diferentes facciones en el poder ejecutivo.¹⁰

A través del parlamentarismo y las elecciones periódicas, la burguesía ha instrumentado un sistema de *engaños* que en condiciones de desarrollo del capitalismo le permite manipular a las masas y mantener su dominación sobre ellas de modo “pacífico”.¹¹

Desde esta óptica, la política burguesa no tendría ninguna función positiva en la sociedad, y su permanencia en el tiempo estaría arraigada en el engaño, la demagogia y la violencia institucionalizada. Siguiendo las reflexiones de María Matilde Ollier (1986), para hacerle frente a esta situación, el PRT-ERP suponía que la violencia revolucionaria develaría la *verdad oculta* en la trama social, política y, en última instancia, cultural. Traduciendo el asunto a partir de una de las consignas clásicas de la época, para este grupo la lucha armada revelaría el *verdadero rostro* de las clases dominantes, por lo que su propósito sería *desenmascarar* al enemigo, llevándolo a una situación en la que le resultara imposible mantener en pie sus apariencias democráticas. De esta manera, el pueblo podría salir de su engaño y tomar conciencia de que por detrás de la fachada institucional había un orden

¹⁰ Revista *El Combatiente*, N° 98, 1979, p. 3. Las cursivas son nuestras.

¹¹ Revista *El Combatiente*, N° 212, 1976, p. 5. Las cursivas son nuestras.

político, social y económico fundado en la violencia, llegando incluso a comprender que la única salida a esta situación era volcarse hacia la guerra revolucionaria.

Los integrantes de Poder Obrero tampoco fueron ajenos a esta lectura. No es de extrañar, que el repaso de los documentos del grupo revele coincidencias con la organización de Santucho:

Una vez más resultan claras para el movimiento obrero y popular, cuáles son las garantías para el triunfo definitivo sobre los explotadores y chupasangres, que no están en la *mentira* y el *engaño* permanente de los politiqueros burgueses, ni mucho menos en manos de los burócratas sindicales *traidores* de tantas luchas y de tanta sangre derramada, sino en sus propias fuerzas y en su organización independiente, en la lucha para acabar definitivamente con este sistema de explotación y miseria (OCPO, 1975c: 3).

Esto no significa que el PRT-ERP y la OCPO no hayan creído o valorado a la democracia. Al punto que, a diferencia de los abordajes históricos que piensan a la “violencia revolucionaria” como su contracara, simplificando la lógica de la dominación de las clases e ignorando las actuales modalidades represivas de los Estados, el cuestionamiento que hicieron estas organizaciones a un sistema que consideraban como meramente *formal*, a raíz de que sus promesas no se cumplían en la vida cotidiana de los argentinos, implicaba la defensa y la búsqueda de una *verdadera* democracia, una democracia *real*, que no pocas veces asumió en la óptica de estos grupos la forma de sistemas de representación *directa*. En efecto, como señala Pozzi (2006a: 51), para la guerrilla la democracia equivalía a “voluntad popular” – frente a estructuras y actores que restringían derechos–, y la misma se traducía en estilos de organización con características de poder dual: “comisiones villeras, agrupaciones sindicales y estudiantiles, comités de base y un sinnúmero de otras formas que permitían plantear la conformación de un poder popular genuinamente democrático”. Resumiendo, el estilo de ejercicio *directo* de la representación, desde la perspectiva del PRT-ERP y la OCPO, garantizaba la construcción de un marco de *horizontalidad* para las relaciones sociales, un marco en cuyo interior los sujetos dejarían de estar atravesados por la lógica del capital o de la dominación de clases. Precisamente, fue esa cosmovisión la que estos militantes intentaron llevar a la práctica en las experiencias del sindicalismo clasista, del FAS o de las luchas populares de Villa Constitución. De hecho, ¿no constituye esa idea, romántica e igualitaria, el trasfondo de la defensa que Tosco hacía del mameluco obrero en oposición al *cómodo sillón* de la burocracia sindical? ¿Acaso no se reflejaba en ella el ideal transformador del *Hombre Nuevo*? Es decir, la creencia de que el cambio no debía remitirse únicamente al sistema político-económico, sino que también debía abarcar los modos de ser y de pensar y el comportamiento de los seres humanos. De ahí que para el PRT-ERP, al revés de la política burguesa, la propuesta proletaria se caracterizaría “por su democratismo consecuente, por llevar su cuestionamiento al propio sistema [y] por plantear la más amplia participación de todo el pueblo”¹². En tanto que para Poder Obrero, el fenómeno de la dualización del poder se relacionaba “con la democracia real conquistada por las masas en la sociedad, y no con el grado de democracia formalmente otorgada por la burguesía” (OCPO, 1975b: 26), de modo que sólo habría democracia en el país “con una clase obrera organizada en sus propias organizaciones de clase”¹³.

¹² “Resoluciones del Comité Ejecutivo de abril de 1973”, en: De Santis (2006: 315).

¹³ *Revista El Obrero*, 1973, p. 2.

Por supuesto que esta concepción no estuvo exenta de contradicciones. En ese sentido, un primer punto a discutir es en qué medida la militancia incorporaba el *disenso* en su manera de entender y practicar la política. Se trata de un debate complejo, ligado a lo ocurrido en aquellos países en los que logró imponerse la revolución socialista, que merecería en sí mismo un extenso trabajo. Más cercano a nuestros objetivos en estas páginas, un segundo punto se estructura en torno a ciertos posicionamientos que, en el terreno concreto de la lucha política, plantearon serias limitaciones a la relación de estos grupos entre sí y con los sectores populares. Por ejemplo, OCPO y el PRT-ERP calificaban al peronismo como un partido *burgués-reformista*, esto es, como un partido que perseguía la conciliación de las clases y no la ruptura del *statu quo*, lo cual hacía del mismo una identidad que los trabajadores debían *superar* en orden de adquirir una verdadera conciencia revolucionaria. Si esta apreciación dificultó la inserción de ambas corrientes en las masas obreras, restringiéndola a los sectores más combativos del movimiento popular, otro tanto hicieron el establecimiento de principios teóricos incuestionables –como ser que el capitalismo atravesaba una crisis terminal o que el peronismo se encontraba agotado como experiencia política– y la simplificación del conflicto social a los términos del paradigma amigo-enemigo o de la lógica de la guerra. Siguiendo a María Matilde Ollier (1998: 256) y a Pilar Calveiro (2005: 14), esa exégesis condujo a unificar el campo opositor al grado de reunir en una misma categoría a las Fuerzas Armadas y a la burocracia sindical, apartando a las organizaciones de potenciales instancias de negociación con otras fuerzas políticas y reduciendo a esta última a un enfrentamiento violento y terminal, cuya única resolución sólo podía consistir en la destrucción física del otro. Por último, el desprecio por *la política burguesa* llevó a desestimar los aportes de autores marxistas como Rosa Luxemburgo o Nicos Poulantzas, quienes, frente a la experiencia de la Rusia estalinista, realizaron una reivindicación no liberal de la democracia representativa y de sus instituciones –en particular las jurídicas y políticas– en conjunto con el desarrollo y consolidación de la democracia de base y de las iniciativas populares. Es así que, en línea con las reflexiones de Rubén Dri (2002), cabe preguntarse si acaso la cosmovisión igualitaria de la izquierda, su aspiración de horizontalidad en las relaciones humanas, no convivió con formas de organización elitistas o verticalistas de la sociedad, en función de las cuales, por posesión de saberes o determinación, unos saben y los otros son ignorantes, unos son esclarecidos y otros andan en tinieblas, unos mandan y otros obedecen.

A modo de conclusión

Continuando con esta lógica, la apelación a las armas acabó siendo el único camino por el que estas organizaciones creyeron posible revertir ese escenario interpretado como catastrófico a nivel socioeconómico, y de represión, censura y autoritarismo a nivel político. En otras palabras, la “violencia revolucionaria” parecía algo necesario y justificable para constituir una sociedad nueva, radicalmente igualitaria. Lo curioso del caso, es que la lógica militarista haya predominado en dos grupos que se habían propuesto implementar otro tipo de estrategia política, ya que cuestionaban el sobredimensionamiento de la práctica armada, e incluso sostenían que la violencia, aunque inevitable, debía complementarse y subordinarse a otras formas de lucha política, pudiendo apelar a ella siempre de acuerdo al contexto y a la situación, tanto de los revolucionarios como de los sectores populares. ¿Qué circunstancias mediaron, entonces, para que las cosas se dieran de esa manera? Al respecto, creemos que la pregunta exige atender a la confluencia de los factores estructurales y subjetivos que mencionamos en las primeras páginas de este trabajo, a los cuales nos parece indicado añadir otro de enorme incidencia en la militancia: el peso de las *matrices ideológicas* a las que adhirió la izquierda en aquellos años. Tal como señaló César Tcach (2006), modelos estratégicos como el *foquismo guerrillero*, heredado de la gesta cubana y teorizado por

Ernesto Guevara en *La guerra de guerrillas* (1960), o el de la *guerra popular prolongada*, surgido de las experiencias revolucionarias china y vietnamita, definían a la violencia como la instancia decisiva de resolución de los conflictos sociales y acabaron imponiéndose al resto de los discursos políticos en auge en dicho período. Dos de las consecuencias prácticas de esa imposición fueron el despliegue de un ejercicio militar cada vez más pronunciado, y la tendencia a pensar el trabajo de masas como complemento o apoyatura de la actividad armada. En el imaginario de dichos grupos esas matrices ideológicas configuraron lo que para Pozzi (2006a: 53) fue una trágica confusión entre *combatividad* y *conciencia*. Es decir, la certeza, precipitada y errónea, de que la movilización de los sectores populares argentinos, además de desestabilizante, estaba revistiendo características revolucionarias. En la misma dirección, refrendando los indicadores económicos expuestos hasta aquí, autores como Pablo Ponza (2010: 26-36 y 117-126), Claudia Gilman (2013: 66-96) y María Cristina Tortti (1999: 212-213 y 227-230) coinciden en señalar que la sociedad argentina vivía procesos de transformación y modernización considerables, entre otras cosas, gracias a la industrialización y al incremento del salario real, que repercutían favorablemente en las perspectivas de consumo y ascenso social de los trabajadores del país. Según Pozzi (2006a: 53), “la Argentina de 1960 era una sociedad en rápido cambio. Los efectos del peronismo y del desarrollismo se sentían en una clase obrera más organizada y económicamente mejor”. Tal es así que, para la gran mayoría de obreros, el mundo conflictivo de los sesenta “era un mundo injusto que estaba siendo cambiado y podía serlo aún más vía reformas”. Al fin y al cabo, el capitalismo no había dejado de proveerles posibilidades de mejorar: “¿O acaso no estaban enviando a los hijos a la universidad? [...] ¿O acaso el obrero de la gran fábrica no sólo tenía su coche sino que construía su casa y podía aspirar a establecer su taller?”

En definitiva, la síntesis del deseo pragmático de eficacia política, su consumación, parece haber conducido al PRT y a la OCPO, dos grupos que se habían propuesto subordinar lo militar a lo político, a incrementar sus operaciones armadas en el contexto de una sociedad que aún no había asumido esa forma de lucha, ni tampoco el objetivo que ésta perseguía. No obstante, aunque esperamos haber aportado algunas claves para explicar este fenómeno, creemos que el debate sobre el pasado reciente de América Latina –no sólo el de nuestro país– aún no está saldado. De hecho, la pregunta sobre por qué la izquierda creyó que los éxitos militares le permitirían adjudicarse la representación política de las mayorías continúa dejando espacio a reflexiones novedosas, entre las cuales los aportes del abordaje comparativo de las organizaciones revolucionarias no constituyen un elemento menor. Lo mismo sucede con otros interrogantes relativos a las décadas de 1960 y 1970, como ser la relación que las vanguardias forjaron con los sectores populares, las semejanzas y diferencias de los procesos que llevaron a la eclosión de repertorios de lucha armada en todo el continente, el papel de las clases dominantes y de los Estados Unidos en dicha coyuntura y la propia composición de los sectores progresistas que intentaron modificar las formas de dominación típicas de la sociedad occidental. En el futuro esperamos contribuir con nuevos aportes al estudio de este pasado controvertido, apelando a perspectivas que trasciendan los hechos en sí e incorporen nuestra historia y nuestra cultura a las coordenadas de una posible explicación; ya que, como dijo Alejandro Grimson (2011), las acciones de los hombres siempre están enmarcadas en una determinada *lógica situacional*, fuera de la cual éstas pierden sus sentidos prácticos. Siguiendo a Waldo Ansaldi y Mariana Alberto (2014: 45), la violencia ha estado presente en todos los procesos de transformación política y social. Ni siquiera nuestra actual democracia está exenta de ella. “La cuestión, entonces, no es aplaudir o repudiar su empleo. La cuestión es explicar por qué ha sido y es así”.

Bibliografía

Ansaldi, Waldo y Alberto, Mariana (2014): “Muchos hablan de ella, pocos piensan en ella. Una agenda posible para explicar la apelación a la violencia política en América Latina”, en Waldo Ansaldi y Verónica Giordano, coordinadores, *América Latina. Tiempos de violencias*, Ariel, Buenos Aires, pp. 27-45.

Aronskind, Ricardo: “Los modelos armados y la Argentina de los sesenta”, *Lucha Armada*, 2011, Buenos Aires, pp. 38-56.

Calveiro, Pilar: “Antiguos y nuevos sentidos de la política y la violencia”, [en línea] *Lucha Armada*, n° 4, Buenos Aires, puesto en línea en 2006 y consultado en noviembre de 2015. URL <http://www.elortiba.org/pdf/lucharmada4.pdf>

Carnovale, Vera (2011): *Los combatientes, historia del PRT-ERP*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Castro, Dardo e Iturburu, Juan: “Organización Comunista Poder Obrero”, *Lucha Armada*, 2004, n° 1, Buenos Aires, pp. 102-109.

Cormik, Federico, “Apuntes sobre la Organización Comunista Poder Obrero”, *Cuadernos de Marte*, 2015, n° 8, Buenos Aires, pp. 95-128.

De Santis, Daniel: *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, tomo 2, [en línea] Cátedra “Che” Guevara, Buenos Aires, puesto en línea en 2006 y consultado en diciembre de 2015. URL: http://www.lahaine.org/amauta/b2-img/santis_vencer2.pdf

--- (2011): *La historia del PRT-ERP por sus protagonistas*, A formar filas, Buenos Aires.

--- (2010): *A vencer o morir. Historia del PRT-ERP. Documentos*, Tomo 1, Nuestra América, Buenos Aires.

Dri, Rubén: “Debate sobre el poder en el movimiento popular”, [en línea] *Diario Mar de Ajó*, provincia de Buenos Aires, puesto en línea en 2002 y consultado en febrero de 2016. URL: <http://www.diariomardeajo.com.ar/Rubendri.htm>

Ferrer, Christian (2013): *Camafeos*, Godot, Buenos Aires.

Gillespie, Richard (2011): *Soldados de Perón*, Sudamericana, Buenos Aires.

Gilman, Claudia (2012): *Entre la pluma y el fusil*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Grimson, Alejandro (2011): *Los límites de la cultura*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1984): *La Nueva Izquierda Argentina: 1960-1980*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Lanusse, Lucas (2007): *Montoneros, el mito de sus 12 fundadores*, Vergara Editor, Buenos Aires.

Lenin, Vladimir (2004 [1916]): *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Editorial Quadrata, Buenos Aires.

Lotersztain, Israel, “Morir por los ‘cambios de fondo’”, *Lucha Armada*, 2010, anuario, Buenos Aires, pp. 64-68.

Mohaded, Ana (2009): *Memorias de los Setenta, la propuesta teórica, política y organizativa de la Organización Comunista Poder Obrero*, tesis para optar al título de Magíster en Ciencias Sociales, Escuela de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Catamarca.

O'Donnell, Guillermo (1982): *El Estado burocrático autoritario*, Editorial Belgrano, Buenos Aires.

Ollier, María Matilde (1998): *La Creencia y la Pasión*, Ariel, Buenos Aires.

--- (1986): *El Fenómeno insurreccional y la cultura política*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Peña, Milicíades (1974): *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Ediciones Fichas, Buenos Aires.

Ponza, Pablo (2010): *Intelectuales y violencia política 1955-1973*, Babel, Córdoba.

Pozzi, Pablo, “Para continuar con la polémica sobre la lucha armada”, *Lucha Armada*, 2006a, n° 5, Buenos Aires, pp. 44-53.

--- (2006b): *Por las sendas Argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista*, Eudeba, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2007): “El populismo imposible y sus actores (1973-1976)”, en Daniel James, *Violencia, proscripción y autoritarismo*, Nueva Historia Argentina Tomo IX, Sudamericana, Buenos Aires.

Tcach, César (2006): “Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay”, en Hugo Quiroga y César Tcach, compiladores, *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Homo Sapiens, Rosario, pp. 123-166.

Tortti, María Cristina (1999): “Protesta social y ‘Nueva Izquierda’ en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional”, en Alfredo Pucciarelli, editor, *La primacía de la política: Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Eudeba, Buenos Aires, pp. 205-230.

Weisz, Eduardo (2006): *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad* *Marxismo, Internacionalismo y Clasismo*, Ediciones del CCC, Buenos Aires.

Fuentes

Entrevistas:

Mario Burgos (2016), entrevista realizada por teléfono mediante el sistema Skype.

Coy Bischoff (2015), entrevista realizada en la Ciudad de Córdoba, Argentina.

Eduardo Carbel (2013), entrevista realizada en la Ciudad de Córdoba, Argentina.

Documentos:

Tosco, Agustín (1971): “Candidato desde la cárcel”, [en línea] archivo de Jorge Oscar Martínez, Córdoba, puesto en línea en septiembre de 2006 y consultado en enero de 2016. URL: http://www.agustintosco.com.ar/12_de_septiembre_de_1971.htm

Órganos de prensa:

PRT-ERP: Órganos de prensa (*El Combatiente* y *Estrella Roja*); Resoluciones de Congresos, Comités Centrales y Ejecutivos.

Revistas:

OCPO (1975a): “Bases para un acuerdo de fusión”, documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

----- (1975b): “Democracia y Revolución”, documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

OCPO (1975c): “La ofensiva empresaria y el golpe”, en *Revista El Obrero*, documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

El Obrero (1973): “Nuestra autocrítica”, documento original disponible en CEDINCI, Buenos Aires.

Revista *El Combatiente*, N° 98, 1979.

Revista *El Combatiente*, N° 212, 1976.